

{jb\_quote}

«¿Cómo podremos hacerlo! En cualquier caso, no mediante la victoria de un bloque sobre el otro. Eso significaría la guerra.»{/jb\_quote}

### **E. R Thompson**

(«Más allá de la guerra fría», 1981)

{jb\_quote}

«En un mundo con una sola superpotencia, los ciudadanos de esa superpotencia son la única fuerza que puede controlarla.»{/jb\_quote}

### **Cynthia Peters**

(Activista estadounidense por la paz)

Desde 1990, tras casi cien años dedicado a combatir los «enemigos internos» y los rebeldes de las colonias, el ejército español ha participado en diversas guerras internacionales; la guerra del Golfo, la guerra de Bosnia, la guerra a propósito de Kosovo y la actual «guerra contra el terrorismo internacional». También ha intervenido en diversos procesos de pacificación en África, Centroamérica o en la misma Europa. Si tenemos en cuenta su sucesión cronológica, el resultado es que, durante la última década, casi cada año unidades del ejército español se han encontrado lejos del territorio peninsular cumpliendo alguna misión de tipo más o menos bélico, Y casi siempre de acuerdo con las directrices del gobierno de los ee uu. Si antes del referéndum de la otan la contribución militar española al imperialismo yankee era más bien pasiva, ahora se ha vuelto decididamente activa. De hecho, el ejército español ya sólo es la sección doméstica de la maquinaria militar occidental dirigida por los norteamericanos.

## **Militarismo y democracia**

Si por militarismo entendemos la definición que Alfred Vagts propuso en 1937, esto es, como poder de influencia de los militares en la toma de decisiones políticas, no cabe duda que la permanente participación en guerras internacionales abona dicho poder y dificulta el necesario debate público sobre el sentido, la necesidad y la oportunidad de sus acciones bélicas. Buena muestra de ello es el escaso debate suscitado por los soldados muertos o enfermos como consecuencia de los cánceres contraídos por el uso de proyectiles de uranio empobrecido. A principios de 2001, durante dos o tres semanas, las poblaciones occidentales fueron informadas de algo que hubieran debido conocer —en especial los soldados destinados a Kosovo— un año y medio antes, mientras la otan bombardeaba Yugoslavia. En varios países la cosa acabó en interpelaciones parlamentarias. En el nuestro también. En su transcurso, Manuel Atencia, portavoz de pp, manifestó su preocupación acerca de que el asunto del uranio comportase «el riesgo de que se desprestigie la actuación ejemplar de la otan y de los soldados españoles en Kosovo». Asimismo, Jordi Marsal, portavoz del psoc, manifestó que veía erróneo enzarzarse en una discusión sobre si el uranio empobrecido era o no el causante de los cánceres de los soldados, pues desde su óptica lo peor que podría ocurrir es que el temor a enfermedades como las del síndrome del Golfo «desprestigiasen la Alianza Atlántica y a sus misiones de paz», (El País, 6-1-2001). Algo parecido debieron pensar los jefes de redacción de los principales medios de comunicación, pues en un par de semanas el asunto desapareció de la agenda informativa. ¿Cómo han evolucionado los soldados enfermos?, ¿ha habido más casos? Nadie nos informa de ello, como tampoco nos informaron antes de las consecuencias materiales de los bombardeos de la otan sobre Yugoslavia. Para los mandamases de los medios de comunicación So prioritario también ha sido, en ambos casos, preservar a toda costa el prestigio del ejército español y de la Alianza Atlántica, Adiós, por tanto, al debate público que se podía iniciar a partir de ahí sobre el sentido y la naturaleza de la campaña bélica de la primavera de 1999 contra Yugoslavia. Un debate muy necesario sobre todo cuando, también a comienzos de 2001, una parte de la uck intensificó sus acciones en Macedonia y las potencias occidentales abogaron por el desarme de los independentistas albaneses y el apoyo a los «esfuerzos pacificadores» del gobierno macedonio, es decir, cuando optaron por una política que era exactamente la opuesta a la que habían aplicado en Kosovo.

### La «primera guerra del siglo XXI»

El alineamiento servil con la política exterior norteamericana por parte del gobierno, del principal partido de la oposición y de los grupos mediáticos afines a ellos, se elevó hasta el paroxismo a partir de los atentados del 11 de septiembre. El 2001 ha legado, en ese sentido, unas cuantas frases para la posteridad difíciles de olvidar. La primera es de Josep Piqué, ministro de asuntos exteriores, en entrevista concedida a El País, 23-9-2001: «Cualquier acción de ee uu tendrá su justificación». La segunda también es de Piqué y de la misma entrevista: «P. Los asesinatos selectivos de Israel, ¿son actos terroristas? R. Los asesinatos selectivos de Israel son actos absolutamente condenables desde el punto de vista de la legalidad internacional, y así lo hemos hecho. Pero creo que entrar en esa dinámica terminológica lo que hace es debilitar lo que tiene que ser ahora ese frente común contra el terrorismo.» La tercera es de José Luis Rodríguez Zapatero, extraída de una entrevista

también publicada en El País, 30-9-2001: «Pero he de decir que la lección de, patriotismo constitucional que, después del 11 de septiembre, ha dado Estados Unidos, el pueblo norteamericano, creo que eso es un elemento para reflexionar.»

Los famosos atentados fueron presentados por los medios, entre otras cosas, como hechos gratuitos, de una novedad radical, de una crueldad inaudita y causantes de «la primera guerra del siglo XXI». Pero su carácter novedoso es cuestionable, en especial si se los califica, como de forma inmediata hizo Bush, de «acto de guerra», pues en las guerras modernas la muerte de civiles forma parte por desgracia de su desarrollo normal. La única novedad residía en que, por primera vez, se había producido una matanza indiscriminada de civiles en el territorio de los Estados Unidos (tan injustificable, dicho sea de paso, como cualquier otra masacre de civiles), tras un siglo en que la muerte masiva de no combatientes se ha producido lejos de allí y, en muchos casos, debido a las acciones del ejército de los EE uu o de ejércitos armados, entrenados y asesorados por él. Por otra parte, los atentados del 11-S pueden verse como la continuación de una espiral de «acción-reacción» protagonizada por Osama Bin Laden y sus redes de actividades de la extrema derecha islámica, por un lado, y el gobierno estadounidense, por otro. El toma y daca entre el millonario saudí y sus antiguos socios norteamericanos había comenzado bastante antes del 11 de septiembre. En 1998, tuvieron lugar los atentados contra las embajadas de los ee uu en Kenia y Tanzania, que fueron respondidos con bombardeos sobre Sudán y los campamentos de Al Qaeda en Afganistán. En octubre de 2000 hubo un atentado contra un destructor norteamericano, el USS Colé, en el Yemen, atribuido a las redes de Bin Laden. Y, según informaciones aparecidas en la prensa (El País, 1-10-2001), Clinton envió después de 1998 equipos de la cia a Afganistán para que asesinaran a su ex colaborador.

En cualquier caso, más novedosos fueron los efectos del 11 de septiembre. A estas alturas, es manifiesto que los atentados han sido aprovechados por la derecha radical norteamericana para implantar una especie de gobierno imperial planetario. Pues no es otra cosa lo que se propone con la famosa «guerra contra el terrorismo internacional», una expresión en sí misma vacua y absurda si reparamos en la imposibilidad de manejar una definición de «terrorismo» que no incluya las prácticas de casi todos los ejércitos regulares o irregulares del mundo, entre los que cabe destacar a los occidentales.

El unilateralismo estadounidense, que ya se manifestó en la guerra contra Yugoslavia, se ha visto confirmado, corregido y aumentado en la guerra contra Afganistán. Si entonces el ejército de los ee uu actuó al margen de Naciones Unidas, ahora ha actuado incluso al margen de la

otan, a pesar de haber exigido inicialmente obediencia y vasallaje a sus aliados mediante la invocación del artículo 5 del tratado fundacional.

Lo que se pretende sin tapujos es instaurar un nuevo orden mundial en cuyo vértice se sitúan los Estados Unidos. Así está dicho en el informe del Departamento de Defensa titulado Quadrennial Defense Review, presentado el 30 de septiembre de este año —tres semanas después de los atentados— y al que se puede acceder por Internet ([www, defenselink.mil/pubs/qdr2001 .pdf](http://www.defenselink.mil/pubs/qdr2001.pdf)).

En dicho informe se dice lisa y llanamente que: «El liderazgo de los ee uu es la premisa para sostener un sistema internacional que sea respetuoso del principio de legalidad. El liderazgo político, diplomático y económico de América contribuye directamente a la paz, la libertad y la prosperidad global». Para eso es preciso que los norteamericanos tomen el control de «áreas cruciales» que hagan posible «el acceso a los mercados y a los recursos estratégicos claves». Una de esas áreas es Asia central porque en ella existen abundantes reservas de gas y petróleo.

La misma propaganda emitida lleva implícita, de forma muy poco subliminal, la idea de la supremacía norteamericana. Según aquella, Estados Unidos lidera una coalición para acabar contra el «terrorismo internacional» o, lo que es lo mismo, se arroga el papel de policía mundial, de benefactor de la humanidad que garantiza la ley y el orden en el mundo entero. Para eso se atribuye en exclusiva la facultad de decidir a quiénes se les puede considerar organizaciones terroristas (en este momento decenas de organizaciones que actúan en cuatro continentes) y la de cómo, cuándo y dónde hay que perseguirlas. Y siempre desde la estricta lógica schmittiana del «amigo/enemigo» contenida en la frase: «quien no esté con nosotros, está contra nosotros».

### Por la paz y algo más

En un estudio del CIS publicado en octubre de este año (a partir de 1.003 entrevistas realizadas los días 27 y 28 de septiembre, titulado «Atentados terroristas en los Estados Unidos de América», accesible por internet: [www.cis.es](http://www.cis.es) ), el 50% de los ciudadanos españoles se mostraba a favor de que España participase en una intervención militar para luchar contra el terrorismo internacional, mientras que el 33% se manifestaba en contra. Claro que entonces, a finales de septiembre, todavía no se sabía con claridad en qué podía consistir dicha intervención. Un mes después, cuando esa duda se había despejado, el 48,8% censuraba la intervención militar y el 40,1% la apoyaba, aunque, por otro lado, el 66,5% se

oponía a que España participase de forma activa en el conflicto bélico, lo que por cierto incluía a más de la mitad del electorado del pp. Todo ello según un sondeo de Vox Pública publicado en El Periódico de Catalunya, el 28-10-2001.

Así pues, de nuevo, el gobierno, los grandes partidos y muchos medios de comunicación han actuado sabiendo que entre un tercio y la mitad, al menos, de la población estaba en contra de su línea política y editorial (es posible incluso que algunos periódicos hayan publicado editoriales a favor de la guerra sabiendo que eso iba a indignar a la mayoría de sus lectores y a gustar a... las empresas anunciantes o a los grupos multimedia norteamericanos con los que tienen negocios). También se podría repetir la misma reflexión que hemos hecho en ocasiones anteriores en referencia al sistema político: los tantos por ciento mencionados muestran que el parlamento no representa en este tema a la población española. Pero eso, esta vez, tiene menos importancia porque ahora el parlamento ha sido directamente ninguneado. Y, dicho sea de paso, con el beneplácito del diario de mayor tirada del que es muy dependiente el primer partido de la oposición: según una editorial suya del 19-10-2001, es un anacronismo pedir el cumplimiento de lo prescrito en el artículo 63.3 de la Constitución, según el cual, «Al Rey corresponde, previa autorización de las Cortes Generales, declarar la guerra y hacer la paz». Como se puede ver, para los defensores del «patriotismo constitucional» la Constitución es muy útil para arrojársela a la cabeza a los nacionalistas vascos, pero es papel mojado en asuntos verdaderamente importantes como puede ser una declaración de guerra. En asuntos de política militar imperial hasta la democracia representativa resulta anacrónica.

Según el mismo diario, la «izquierda» europea ha pasado «del recelo al apoyo a Estados Unidos», como rezaba el titular de un largo artículo publicado el 29-12-2001. La izquierda de la que se hablaba en él era básicamente la gubernamental, esto es, la que ya gobierna o la que piensa que lo podrá hacer en las próximas elecciones. Si se hubiera referido a la base social que vota a esos partidos, se trataría, vamos a decirlo así, de un reportaje mal enfocado; De acuerdo con un extenso sondeo Gallup, del que informo II Manifestó del 19-10-2001, el 27% de los franceses, el 30% de los portugueses, el 60% de los griegos, el 82% de los austríacos o el 83% de los finlandeses se mostraban contrarios a la intervención militar norteamericana. A lo que se debe añadir el 37% de los italianos (// Manifestó, 15-11-2001), el antedicho 48,8% de los españoles o el 69% de los alemanes favorables a la suspensión de los bombardeos ya a finales de octubre (// Manifestó, 25-10-2001). Entre ellos se puede encontrar, casi con toda seguridad, a muchos votantes de la «izquierda» gubernamental. De éstos lo más honesto que se puede decir es que se han dividido y una parte, al menos, ha coincidido con las reivindicaciones del movimiento por la paz.

La resistencia que ha opuesto el movimiento por la paz, sin ser masiva y sin haber podido o sabido movilizar a los tantos por ciento aludidos, ha sido más amplia que lo que puede pensar un lector habitual de periódicos que no tenga ninguna relación con el movimiento. Es cierto que la asistencia a las manifestaciones puede calificarse de normal tirando a discreta, oscilando entre las testimoniales 200 o 300 personas y las 5.000 o 6.000, con la excepción de la de Barcelona del 28 de octubre que congregó a más de 20.000. Ninguna de ellas llegó a las 100.000 personas que acudieron a la manifestación de Roma del 29 de septiembre, las 150.000 de la marcha por la paz Asis-Perugia o las 50.000 de la de Berlín del 13 de octubre. Pero es dudoso que el hipotético lector sepa, por ejemplo, que en España se han formado plataformas contra la guerra en las principales ciudades, que éstas han convocado concentraciones semanales o que se han hecho decenas de actos, encierros, debates, performances, mesas redondas, etc. Y seguro que el mismo lector desconocerá que ha habido movilizaciones antibelicistas, entre otros países, en Alemania, Italia, Francia, Grecia, Finlandia, Holanda, Irlanda, Gran Bretaña, Austria, Suiza, Suráfrica, Nigeria, Australia, Canadá, México, Uruguay, Brasil, Colombia, India, Paquistán, Japón o en los propios Estados Unidos (según informaciones que se pueden consultar en [http:// pax.protest.net](http://pax.protest.net) y [www.indymedia.org](http://www.indymedia.org)). Es decir, desconoce que, por primera vez en muchos años, ha habido movilizaciones por la paz y contra la guerra en países de los cinco continentes, algo que no ocurría desde hace más de una década.

La izquierda «gubernamental» europea, como ya hizo durante la guerra contra Yugoslavia<sup>^</sup> se ha echado en brazos del gobierno de los ee uu. Lo haya hecho por servilismo «realista» o por considerar que es la forma más adecuada de enfrentarse a los grandes problemas globales del siglo XXI, lo cierto es que no ha ofrecido ninguna resistencia al proyecto de orden mundial gobernado en exclusiva por los Estados Unidos. ¿Y en qué consiste dicho proyecto? A modo de prefacio, el secretario de defensa, Donald Rumsfeld, escribe en la citada Quadrennial Defense Review que la principal lección del 11-S es que hay que prepararse para afrontar nuevas amenazas militares, incluidas las «desconocidas» (¡sic!) y que mientras libramos la actual guerra contra el terrorismo (que él y otros gobernantes estadounidenses han descrito como una guerra larga que durará años) hay que irse preparando también para la siguiente. Si a todo eso añadimos las claras connivencias de la actual administración norteamericana con el «complejo militar industrial», lo que proponen los gobernantes yankees no es precisamente «otra globalización», la imposición de la tasa Tobin, la reducción de la brecha Norte/Sur, la reforma democrática de la onu, el Tribunal Penal Internacional, sino más bien el estado de guerra permanente destinado a preservar la posición privilegiada que han alcanzado los Estados Unidos manu militati.

Un estado de guerra permanente que comporta la suspensión y/o recorte de los derechos y libertades fundamentales, ya que su ejercicio atenta contra la unidad y la cohesión interna necesarias para poder ganar las guerras. O eso, al menos, es lo que han dicho siempre toda clase de gobernantes.

Por eso esta vez el movimiento por la paz se enfrenta a un conjunto de políticas que incluyen el uso frecuente de la fuerza militar y también contrarreformas del sistema político en un sentido autoritario. Lo que está apareciendo en el horizonte, es lo que James Petras ha denominado un fascismo «con rostro amistoso» que alienta el fervor nacionalista, promulga leyes arbitrarias y se dedica a las conquistas militares violentas. Y que tiene base social en Estados Unidos... y en España. Según diversas encuestas, cerca del 80% de los norteamericanos son favorables a un recorte de las libertades si con ello se garantiza una mayor eficacia en la lucha antiterrorista. Y según el estudio del CIS citado más arriba, un inquietante 38% de los ciudadanos españoles, frente a un esperanzador 43,6% en contra, piensan exactamente lo mismo. El combate del movimiento pacifista ha ido y debe ir más allá de sus consignas tradicionales y ha incluido y debe incluir las reivindicaciones clásicas del antifascismo